

VIII.

DIVISIONES RELIGIOSAS DE LOS CATÓLICOS.

En el seno de la unidad católica sucede á veces que se suscitan cuestiones religiosas sobre las cuales se disputa y se escribe, ya en pro, ya en contra. Los impíos, que no comprenden esos debates, sacan de ellos consecuencias contra la religion. Pero, ¿acaso tienen esas cuestiones el alcance que se las quiere dar? ¿Por ventura, se parecen ellas á las divisiones religiosas de los protestantes?

De ninguna manera. Todos los católicos tienen una misma fé, porque profesan un mismo principio de fé, que es la obediencia á la enseñanza de la Iglesia. Sobre el dogma propiamente dicho, todos ellos están absolutamente de acuerdo, mientras que el dogma es precisamente aquello en que los protestantes se dividen. Su pretension de reunirse en un terreno comun, ó como ellos dicen en los *puntos fundamentales*, es entre ellos una ilusion desmentida por los hechos. Las sectas no están de acuerdo sobre nada, fuera de la existencia de Dios. Entre los setecientos ministros protestantes que en Francia predicán la herejía y atacan á la Iglesia católica, habia quinientos que

no creían en la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, en la Santísima Trinidad, en la regeneracion bautismal, etc., segun lo hacia constar el protestante Gasparin. Hay muchos que siguiendo al profesor Shover, teólogo de Ginebra, no creen que la Biblia sea un libro divino. De manera, que cabalmente los puntos *fundamentales*, los solo fundamentales, son aquellos en que los protestantes están separados entre sí, como lo demostraba el gran Bossuet hace ya dos siglos.

Los católicos por el contrario, no entran ni pueden entrar en discusion; sino sobre puntos de doctrina que la Iglesia no propone obligatoriamente á la creencia de sus hijos, por lo que justamente se les llama *opiniones*. Toda opinion es libre, en lo cual difiere de los dogmas. En cuanto á opiniones, habiendo dejado la Iglesia libertad para adoptar las unas ó las otras, de ahí es que á veces abrazan y defienden pareceres opuestos los simples fieles, los doctores particulares y hasta los obispos. De estas cuestiones doctrinales nacen ordinariamente luces preciosas, enriqueciendo el conjunto de ellas la ciencia teológica, ciencia, que no es el Catecismo de la fé, sino el resultado de los trabajos del talento humano sobre las inmortales y magníficas basas puestas por la fé.

Si en su sabiduría, toda divina, la Iglesia

juzga oportuno definir como punto de fé algunas de aquellas opiniones, los católicos, cesando de discutir, *creen*. Elevada la opinion á dogma, lo que antes era dudoso, porque aun no habia hablado la Iglesia, luego que ella lo define, se hace *cierto*.

Los diversos pareceres de los católicos tienen especialmente por objeto las apreciaciones de conducta. Los unos creen, por ejemplo, que para el bien de la religion conviene atacar á sus enemigos de frente, sin negociar jamas con ellos, repeliendo con energía sus ataques y sus errores, mientras que otros llaman á eso violencia ó imprudencia, entendiendo de otro modo la caridad, pues creen que se puede domesticar á los lobos.

¿Quién no vé que estas divisiones dejan completamente intacta nuestra unidad religiosa? Sin embargo, esto es lo que escandaliza profundamente á los pastores protestantes, *tan amigos* de la verdad, de la unidad, y de la caridad como se ha visto. ¡Pobres hombres que ven la paja en el ojo ajeno y olvidan la viga que les atraviesa el propio!

IX.

DE COMO LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA ES LA VERDADERA REGLA DE FÉ.

Entiéndese por regla de fé aquella, segun la cual los cristianos admiten tal ó cual doctrina y rechazan tal ó cual otra.

Ahora bien. ¿Cuál es esa regla de fé á la cual debemos conformarnos para fijar nuestras creencias? ¿Cuál es la verdadera regla de fé?

En esto, como en todo, los protestantes están en desacuerdo con la Iglesia católica. Mil y quinientos años despues de la predicacion de los Apóstoles, descubrió Lutero en su cabeza, que todo el mundo se habia equivocado hasta entonces, y que la verdadera, la única regla de fé para los cristianos, era la Biblia. Todos los protestantes admiten este principio, que yo examinaré mas adelante. Por ahora véamos lo que todos los cristianos han creído desde los tiempos de los Apóstoles, hasta el de Lutero, que es lo que nosotros creemos imitando á nuestros mayores, y que será lo que creerán los venideros hasta el fin de los tiempos.

Nuestro Señor Jesucristo escogió doce hombres entre sus discípulos y los envió al mundo,

para enseñar en su nombre la religion cristiana. "Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra, les dijo: id, pues, enseñad á todas las naciones, instruyéndolas para que guarden mis mandamientos. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que os oye me oye, y el que os desprecia me desprecia. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del mundo." (San Mateo, cap. 28, San Lúcas, cap. 10; y San Márcos, cap. 16.)

Esta última palabra del Hijo de Dios, prueba claramente que la autoridad espiritual y la mision de los Apóstoles, deben permanecer en la Iglesia, como un ministerio perpetuo, hasta el fin de los siglos. Además es un hecho histórico irrecusable, que desde los Apóstoles hasta el dia de hoy, los supremos pastores de la Iglesia católica, cuya sucesion remonta sin interrumpirse hasta San Pedro y sus colegas en el Apostolado, han ejercido y ejercen aún ese ministerio.

Pero ¿cuál es ese ministerio? ¿Cuál es esa autoridad que viene del mismo Jesucristo por la que hombres que como tales hombres son *fallibles*, nos enseñan *infalliblemente é infaliblemente* nos conducen por el camino de la salvacion? Esa autoridad es la de la Iglesia, es decir la del Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, cabeza de la Iglesia; y la autoridad de los

Obispos, que son los auxiliares del Papa, en la grande obra de la santificacion de las almas.

Esa autoridad divina si bien confiada á hombres, es la verdadera y la única regla de la fé. Así lo han creido los siglos cristianos, así lo han enseñado todos los doctores y Padres de la Iglesia. Lo que debemos creer, es lo que el Papa y los Obispos enseñan; y lo que debemos rechazar, es lo que el Papa y los Obispos condenan y rechazan. Cuando una doctrina es dudosa, debemos dirigirnos al Tribunal del Papa y de los Obispos, para saber á qué atenarnos respecto á ella; pues solamente de ese Tribunal, siempre vivo y siempre asistido por el espíritu de Dios, pueden emanar los juicios exactos sobre las cosas de la religion, y particularmente sobre el verdadero sentido de las santas escrituras.

Tal es la regla de fé para todos los verdaderos cristianos, regla de institucion divina que ninguno puede rechazar á sabiendas, bajo la pena de perder su alma. Quien os *desprecia* me *desprecia*. Esto dijo Nuestro Señor Jesucristo, estableciendo aquel principio inmutable de unidad y de vida en su Iglesia. Gracias á ese principio, hace diez y ocho siglos que los católicos han tenido y tienen una misma creencia. Los protestantes, al contrario, privados de esa regla divina, "fluctúan, como dice San

Pablo, á todo viento de doctrina;" y á pesar de la Biblia que manosean con frecuencia, ellos creen hoy lo que negaban ayer, negarán mañana lo que creen hoy, y acaban por no creer nada absolutamente.

Examinemos ahora con pocas palabras la pretension protestante de sustituir á la autoridad, invariable y siempre viva de la Iglesia, un libro, divino sin duda, pero mudo é inanimado, como lo son todos los libros; libro que cada uno interpreta á su manera, sin que él pueda decir á nadie porque no habla: "Detente que te engañas."

X.

LA BIBLIA NO ES NI PUEDE SER LA
REGLA DE FÉ.

La Biblia es verdaderamente la palabra de Dios. Nosotros los católicos lo sabemos tanto y aun mejor que los protestantes. Todo lo que contiene la Biblia, es una enseñanza divina; y sin embargo la Biblia no es ni puede ser regla de fé, en el sentido que lo pretenden los protestantes.

1º La Biblia no puede ser la regla de fé, porque Jesucristo no ha dicho á los Apóstoles: "Id y distribuid Biblias," sino lo siguiente:

"Id y enseñad á todas las naciones; quien os oye á mí me oye." "El Cristianismo, dice el protestante Lessing, estaba ya propagado, antes de que ninguno de los Evangelistas se pusiese á escribir la vida de Jesucristo. Rezábase el *Padre nuestro* antes que le escribiese San Mateo, porque el Divino Maestro le habia enseñado de *palabra* á sus discípulos, quienes de *palabra* le habian transmitido á los primeros cristianos. Bautizábase en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, antes de que el mismo San Mateo consignase esta fórmula por escrito en su Evangelio; y se hacia así porque Jesucristo la habia prescrito verbalmente á sus Apóstoles." (*)

Esta primera prueba, que es una prueba de hecho, vale bien por cualquiera otra; y los protestantes no han encontrado nunca nada razonable que oponer á ella.

2º La Biblia no puede ser la regla de la fé, porque basta repasar los libros santos y especialmente los del Nuevo Testamento, para conocer que ellos no son un Catecismo, es decir, una enseñanza religiosa, clara y completa. Los Evangelios, los hechos de los Apóstoles, y en general todos los libros históricos, son úni-

(*) Lessing, *Bestrage fur Leschichte nud.* Tomo IV, pág. 182.

camente relaciones religiosas, presentadas á la edificacion de los fieles.

Las Epístolas de San Pablo y de otros Apóstoles, son fragmentos particulares que tratan este ó el otro punto de doctrina separadamente; y las mas de las veces son respuestas á preguntas particulares ó alusiones á ciertos errores que ya no existen en el dia. Los salmos, son ante todo, preces; y los libros de los profetas anuncios de la venida de Jesucristo y de los grandes destinos de su Iglesia. Jamas pretendieron los Apóstoles ni los demas autores sagrados, dar estos fragmentos escritos como un código de completa enseñanza, ni como fórmula de creencia. Esto es evidente, y salta á los ojos desde la primera lectura.

“Los Apóstoles, dice el célebre protestante Grocio, no tuvieron la intencion de esponer detalladamente en sus Epístolas las doctrinas necesarias para salvarse. Las escribian *ocasionalmente* con motivo de las cuestiones que se les presentaban.” (*)

3º La Biblia no puede ser la regla de fé, porque ella contiene una multitud de pasajes difíciles, los cuales por su divina profundidad, superan aun á las inteligencias mas ilustradas. Los esfuerzos de los doctores de la Iglesia para

(*) Hugo Grocio, Ep. 582.

penetrar el sentido de aquellos pasajes, esfuerzos que frecuentemente no han dado el apetecido resultado, son prueba suficiente de cuán difícil es comprender las Santas Escrituras. El mismo Lutero dijo: “Es cosa *imposible* profundizar el sentido de las escrituras. Solamente podemos tocar en su superficie. Comprender su sentido, fuera maravilla. Hagan los teólogos cuanto quieran y puedan, siempre será una empresa superior á nuestra inteligencia, penetrar el misterio de la palabra divina. Sus sentencias son el soplo del Espíritu de Dios, por lo que desafian á la inteligencia del hombre.” (*)

¿Pues qué se debe pensar de una regla de fé que por confesion de Lutero y de una multitud de protestantes, en lugar de explicar la fé, tiene ella misma necesidad de difíciles y largas esplicaciones? Por lo demas, si les ocurriere á los protestantes negar las dificultades inherentes á la interpretacion de la Biblia, sus mismas interminables disputas y disidencias sobre casi todos los textos del sagrado libro, hablarian con demasiada claridad. Pero aun hay otra cosa todavía mas notable; y es que los pasajes mas sencillos y mas claros de las Santas Escrituras, son cabalmente los que han suscitado entre los protestantes mas disputas y divisiones. Se han

(*) Audin, *vida de Lutero*, tomo II, pág. 339.

contado mas de doscientas interpretaciones protestantes de estas cuatro palabras dichas por Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena: *Este es mi cuerpo*.

4º En fin, la palabra de Dios contenida en la Biblia, no es ni puede ser la regla de fé para los cristianos; porque si lo fuera, la religion cristiana no seria la religion de los pobres y pequeñuelos, que cabalmente son aquellos á quienes Nuestro Señor Jesucristo amó con predileccion. Pero este punto es digno de tratarse aparte.

XI.

EL PROTESTANTISMO NO ES NI PUEDE SER LA RELIGION DEL PUEBLO.

No, el protestantismo no se ha hecho para el pueblo. Jesus ama á los pobres y á los humildes; pero el protestantismo, dando por regla fundamental de fé la lectura de la Biblia, excluye del cristianismo al pueblo. En efecto, los pobres ó no saben leer y entonces ¿de qué les sirve un libro? ó saben leer, pero no tienen tiempo para hacerlo, porque el trabajo de mano les absorbe todo su tiempo. Y ¿qué es un libro para el que no tiene tiempo de leer? Si el protestantismo tuviera razon: si para salvarse fuera

necesario leer la Biblia, “en tal caso, dice el citado luterano Lessing, cuanto os compadezco ¡oh hombres nacidos en países á cuya lengua no ha sido traducida la Biblia, ó que estais en tal condicion social que por falta de conocimientos no podeis leerla, aunque la tengais traducida á vuestro idioma! Os creeis cristianos, porque estais bautizados. ¡Infelices! ¿No veis que es tan necesario saber leer como haber recibido el bautismo? Ademas temo que necesiteis aprender el hebreo para estar seguros de que salvareis vuestras almas.”

Nótese que durante los quince primeros siglos del cristianismo, es decir hasta la invencion de la imprenta, casi nadie sabia leer en el pueblo; (*) y que seria absurdo suponer que todos los que hallándose en ese caso vivieron hasta entonces, carecieron de los medios de llegar á la fé. Nótese ademas que, segun informes de las mismas sociedades protestantes, *es absolutamente imposible* traducir la Biblia en ciertos idiomas, porque estos no tienen palabras para representar la mayor parte de las ideas contenidas en los libros santos. De manera que

(*) En la misma Inglaterra, hasta el siglo XIII, eran tan pocos los que sabian leer, que para obtener el indulto de algun reo de la pena de muerte, bastaba alegar: “*sabe leer como un clérigo*.” (Traductor.)

segun esta confesion de los mismos protestantes, resultarian naciones enteras, que jamas pudieran llegar á la fé, si la fé se ha de formar por la lectura de la Biblia. ¡Qué absurdo!

Pero aun cuando todos los pobres supiesen leer ¿habrian con eso adelantado gran cosa? A cada paso, como acabo de demostrar, se verian embarazados en cada verso. Ni se diga que basta al pueblo que los pastores le lean y expliquen una vez por semana la Sagrada Escritura en sus prédicas. Las esplicaciones no son mas que opiniones personales, que no descansan en ninguna autoridad y que varian segun el capricho de cada cual. Esa no es la palabra de Dios, sino la palabra del ministro protestante Fulano ó la del ministro protestante Zutano, cosa muy diferente.

Que el pueblo, pues, sepa ó no sepa leer, resulta siempre ser imposible que la Biblia le sirva de regla de fé. Si Dios hubiera establecido semejante regla, habria escludido de su Iglesia y de la salvacion eterna á casi todos los hombres. Pensar así es una impiedad en que ningun verdadero cristiano incurrirá nunca.

Luego el protestantismo que nos viene á decir: "Tomad y leed mi Biblia: no necesitais ni Iglesia ni sacerdotes: contentaos con sola la palabra de Dios contenida en la Escritura," no puede ser la religion del pueblo; y por consi-

guiente no puede ser ni es el verdadero cristianismo, porque el verdadero cristianismo es la religion para todos.

XII.

ES IMPOSIBLE PARA UN PROTESTANTE SABER SI LA BIBLIA QUE LEE ES LA PALABRA DE DIOS.

Desafío á todos los protestantes pasados, presentes y futuros á que me demuestren, sin faltar á sus propios principios, que la Biblia es verdaderamente la palabra de Dios.

Para mí que soy católico, la cuestion está resuelta. Yo sé lo que es la Sagrada Escritura. La Iglesia de Dios, autoridad infalible y viva, que Jesucristo ha establecido sobre la tierra, para hacerme conocer y practicar la verdadera fé, me presenta los libros santos y me dice en nombre de Jesucristo: "Estos libros son escritos por los Profetas y los Apóstoles. Ellos no solamente son auténticos, esto es, que no solo son de los autores á quienes se atribuyen, sino que son inspirados; es decir, que están escritos con la asistencia del Espíritu Santo; y contienen verdaderamente la palabra de Dios." Esto me dice la Iglesia; y yo, lógico en mi fé, digo y creo que la Biblia es la palabra de Dios.

Pero el protestante que rechaza la autoridad de la Iglesia, no puede discurrir así. Mudo se queda con la Biblia en la mano, cuando se le pregunta, porque cree lo que en ese libro se contiene.

I. Preguntémosle primero ¿si los libros de la Biblia son auténticos, y cómo sabe él que están escritos por los Profetas y Apóstoles cuyos nombres llevan?

Sobre este punto nacen cuestiones históricas, muy embrolladas, y muchas de ellas, insolubles para la simple ciencia humana. "Cada individuo, dice el profesor protestante Schoerer, es invitado aquí á fallar en materias sobre las cuales difieren los doctores. El mas sencillo de los fieles, antes de estar seguro de su fé, debe resolver cuestiones de *autenticidad*, de *crítica* y de *historia*..... ¡Qué base para la sólida fé de los fieles! ¡Qué regla para la masa del pueblo cristiano." (*) Nosotros los católicos, no tenemos necesidad de entrar en ese laberinto; pues la Iglesia nos afirma la autenticidad de la Sagrada Escritura, recibida y transmitida de siglo en siglo por la tradicion de la misma Iglesia.

II. Pero aun en la hipótesis imposible, de que un protestante, pudiera saber ciertamente que los libros santos son auténticos, esto es,

(*) Schoerer, *La crítica y la fé*.

que todos ellos están escritos por los sagrados autores á quienes se atribuyen; ¿cómo sabrá este protestante que esos libros, son verdaderamente inspirados, que no son libros como cualesquiera otros?

No es imposible que San Pablo, San Juan ó San Mateo, hayan escrito una porcion de cartas, y aun otros tratados de religion, que no fuesen inspirados. En este supuesto, sin el juicio infalible de la Iglesia, ¿cómo se distingue lo inspirado de lo no inspirado?

Si dice el protestante, que el Espíritu Santo asiste á todos los cristianos para hacer este discernimiento, yo le replicaré: ¿entonces cómo es que entre los mismos protestantes hay tan poco acuerdo sobre este punto? ¿cómo es que Lutero rechaza tal ó cual libro que venera Calvino? Y ¿cómo los sectarios de hoy admiten libros que despreciaban sus mayores, por ejemplo el de Tobías, el de Ruth, el de Esther, la Epístola de Santiago, la de San Pablo á los hebreos etc? Aun sobre los cuatro Evangelios, no hay concordia entre los protestantes; y actualmente sucede que uno de sus ministros solo admite el Evangelio de San Mateo y otro solo el de San Juan.

Si hay alguna cuestion fundamental, es esta de la *certidumbre* de la inspiracion de los libros santos; y ella saldrá á cortar el paso á los pro-

testantes, desde que ellos quieran raciocinar con arreglo á la lógica. He aquí un trance mortal, para el protestantismo.

Así es que muchos protestantes que quieren ser lógicos, viendo todo el edificio de su pretendida religion basado en tan dudoso cimiento, pierden poco á poco las creencias que les quedaban y caen en el racionalismo ó en la indiferencia.

III. Concluyamos con una tercera reflexion. Aun suponiendo gratuitamente que un protestante pudiera llegar á tener certidumbre de la autenticidad y de la inspiracion de la Biblia, ¿cómo sabrá él que la traduccion de que hace uso, y de la cual él mismo distribuye ejemplares, es *perfectamente* fiel; ó que por el contrario en esa traduccion, cosa que frecuentemente sucede, no se dá el sentir erróneo del traductor, en vez del sentido verdadero y no comprendido del original?

Sobre esto hay que notar dos cosas: la primera que pocas personas saben el hebreo, á lo menos lo necesario para traducirle; y la segunda, que se ignora cual era la lengua en que algunos de los libros santos fueron originalmente escritos.

Lo repito, para nosotros los católicos, ninguna de estas es dificultad, porque tenemos á la Iglesia que nos las ha resuelto; pero á los po-

bres protestantes, no sabiendo como salir del paso, no les quedan mas que dos callejuelas, ó abandonar la partida, no ocupándose mas de Biblia, de fé ni de religion; ó entregarse á largos y pesados estudios, en que careciendo de guia, llegan en fin por la senda de la duda á la negacion de toda verdad. Esto es si quieren ser consecuentes á su falso principio del libre exámen. Si no, echándole á un lado, creen en la inspiracion de la Biblia, que el protestantismo es impotente para demostrarles, nada mas que por la *tradicion católica*. Estos tales, cuyo número es grande, en cierto modo y hasta cierto punto, son católicos sin saberlo.

Cada vez que un protestante apela á la autoridad de la Biblia, invoca á su pesar la autoridad de la santa Iglesia católica, porque sin el infalible testimonio de esta Iglesia, es imposible demostrar la inspiracion divina de la Escritura. *Evangelium non crederem*, decia San Agustin en el siglo IV, *nisi me commoveret Ecclesie Catholica auctoritas*. “Yo no creeria en los Evangelios, si no me obligase á ello la autoridad de la Iglesia católica.”

XIII.

HASTA DONDE PUEDE LLEVAR EL PRINCIPIO
PROTESTANTE QUE DA LA BIBLIA COMO RE-
GLA DE FÉ.

Si la Biblia interpretada, conforme á la pretendida inspiracion de cada lector, fuese la regla de fé, cada cual estaria obligado á creer y hacer aquello que se le figurase encontrar en la Biblia.

De consiguiente, segun ese falso principio, que es la base del protestantismo, los protestantes no pueden menos de aprobar las abominables y torpes locuras de tantas sectas que se apellidan evangélicas, desde la de los *anabaptistas*, hasta la de los *Mormones*; las cuales se atreven á apoyar sus infamias, en textos no comprendidos de la Sagrada Escritura. Además, los protestantes están obligados á reconocer por legítimos hermanos suyos, por buenos y lógicos protestantes, á esos anabaptistas, á esos *Mormones*, á esos innobles sectarios que son el oprobio de la humanidad.

¡Cuántas torpezas no han tomado por pretexto aquella palabra: "Creced y multiplicaos!" Los anabaptistas de Munster, y tras ellos otros

muchos, sacaron de ahí que podian ejercer la poligamia. Lutero, Bucero y Melanchton, sacaron de no sé que otro pasaje del Evangelio, que podian permitir á Felipe, landgrave de Hesse, tener dos mujeres á la vez.

Siempre en nombre de la Escritura y de la palabra de Dios, Lutero escitó á los campesinos de Alemania á rebelarse contra los príncipes; y despues, espantado de su propia obra, escitó á los príncipes para matar á los campesinos. Juan de Leyde descubrió, leyendo la Biblia, que debia casarse con once mujeres simultáneamente. Hermann vió en ella que él era el Mesías enviado de Dios. Nicolás, que todo lo que se refiere á la fé no es necesario; y que es necesario vivir en pecado, para que sobreabunde la gracia. Sympson pretende leer en la Biblia, que se debe andar desnudo por las calles, para mostrar á los ricos que deben despojarse de todo. Ricardo Hill halla tambien en ella, que el adulterio y el homicidio son cosas que operan para el bien; añadiendo que si á estos crímenes se añade el incesto, el que los cometa se hace mas santo en la tierra y goza mas en el cielo.

Lo confiesan los mismos protestantes honrados: no hay crimen ni abominacion que no haya encontrado justificacion en algun testo de la Sagrada Escritura, cuando se la interpreta sin sujecion á la tutelar autoridad de la Iglesia.

¿Pues qué debemos pensar de un principio, como este principio del protestantismo, que produce tales consecuencias?

XIV.

¿PROHIBE LA IGLESIA CATÓLICA QUE SE
LEA LA BIBLIA?

La Iglesia, que ha recibido de las manos de Dios las Santas Escrituras, no tiene deseo mas grande que el de ver á sus hijos nutriéndose de la divina palabra y meditando sus oráculos. Sin embargo, ella quiere que esta lectura escelente, vaya acompañada de ciertas precauciones, que la fé y la esperiencia prescriben igualmente á su maternal prudencia. La Iglesia se acuerda de que Satanás se sirvió de la Sagrada Escritura para tentar á Jesucristo en el desierto; como tambien de que los escribas y fariseos combatian al Divino Maestro y á sus Apóstoles, en nombre de la palabra de Dios. No olvida tampoco la Iglesia, que el príncipe de los Apóstoles San Pedro, el primer Papa, hablando de las Escrituras divinamente inspiradas, enseñaba: "Que hay en ellas pasajes difíciles de comprender, los cuales hacen servir para su propia ruina, depravándolos algunos hombres sin doctrina y de voluble espíritu, y que lo mis-

mo sucede con todas las Escrituras." (Ep. 2ª de San Pedro, cap. 3º, ver. 16.) Mas aún: la misma Sagrada Escritura es la que obliga á la Iglesia á dar con prudencia este divino alimento á sus hijos. La esperiencia se une á la fé en esta materia tan grave; y el ejemplo de lo sucedido con todos los herejes, especialmente con los herejes modernos, la ha hecho ver que esa lectura de la Biblia pudiera ser muy peligrosa en ciertas condiciones, y especialmente en las traducciones hechas á la lengua vulgar. De todo esto ha sacado la Iglesia algunas reglas muy sencillas y muy sábias, las cuales han sido impuestas por ella, no para impedir la lectura de la Biblia, sino para evitar los peligros que la acompañan.

La primera de esas reglas es que debemos recibir de los legítimos pastores de la Iglesia, solamente de ellos, el testo y la interpretacion de la Sagrada Escritura, no sea que, como añade el Apóstol San Pedro: "hechos juguete de los errores de falsos doctores, los cristianos pierdan aquella solidez de doctrina que les es propia." (*Ne insipientium errore traducti, excidatis á propria firmitate.*)

Luego la Iglesia ordena que no se haga uso sino de ciertas traducciones de la Sagrada Escritura, cuidadosamente examinadas y aprobadas por la autoridad eclesiástica, para que así

los fieles, cuando la leen, estén seguros de que leen la palabra de Dios y no la humana palabra de algun traductor ignorante ó pérfido. Además quiere la Iglesia que se consulte su autoridad, antes de leer la Escritura, para saber si el que pretende hacer esa lectura, está con las disposiciones convenientes de inteligencia y de corazon, para sacar provecho de semejante lectura. Basta referir estas reglas prácticas, para hacer comprender la profunda sabiduría que las ha dictado. Pero ellas son, no solamente sábias, sino tambien necesarias.

Con esto la Iglesia muestra cuanto mas caso hace ella de la santa palabra de Dios, que no esos temerarios novadores; los cuales bajo pretesto de poner aquella divina palabra al alcance de todos, la han arrojado al cieno y profanado indignamente. La Iglesia católica sola respeta la Biblia, porque ella es la única que conoce su santidad y comprende su verdadero uso.

Pero añadiré aquí un hecho que muchos ignoran, á saber, que se lee mucho mas la Sagrada Escritura en el seno de la Iglesia católica, que entre los protestantes, á lo menos los de Francia. En la Misa se leen cada dia pasajes del Antiguo Testamento, ó de las Epístolas de los Apóstoles, como tambien los testos mas notables é importantes del Evangelio. Muchos católicos llevan consigo el Nuevo Testamento,

ó por lo menos los cuatro Evangelios, cuya práctica piadosa es de regla en los Seminarios. Pocos sacerdotes hay que no consagren cada dia cierto tiempo, á la lectura y meditacion de la Sagrada Escritura. Yo no sé si los pastores protestantes leen mucho la Biblia; pero me consta que no la leen sus ovejas. En muchas familias protestantes los padres prohiben, y por cierto no sin razon, esa lectura á sus hijos, pues hay muchos pasajes que prudentemente no se pueden poner á la vista de los jóvenes de ambos sexos.

La Sagrada Escritura es ante todo un libro sacerdotal, el libro de los presbíteros; los cuales, como encargados de enseñar y santificar á los fieles, reciben este depósito, el mas precioso despues del de la Eucaristía. Ellos le esplican al pueblo, alimentando á las almas con las divinas verdades, de que ellos se han nutrido previamente á sí mismos. Ellos son los que tienen la mision de hacer amar y respetar la Sagrada Escritura, distribuyendo su contenido á cada uno segun sus necesidades, conservando así á la palabra de Dios su carácter esencial, que es el de ser *luz y vida*.

Los sacerdotes santos, y los verdaderos cristianos, tienen á la Sagrada Escritura un respeto y un amor inefables. El grande Arzobispo de Milan, San Carlos Borromeo, que fué el



ilustre reformador del clero en Italia durante el siglo XVI, no leía la Biblia sino de rodillas y con la cabeza descubierta, habiéndosele visto alguna vez hasta cuatro horas seguidas, ocupado en este divino trabajo. San Felipe Neri regaba con sus lágrimas las sagradas páginas, que sabía de memoria. Lo mismo les sucedía á San Francisco de Sales y á San Vicente de Paul. El Sr. Olier, reformador de la disciplina eclesiástica en Francia, tenía á la Biblia en una veneracion admirable. Habia hecho empastar un ejemplar en plata maciza y jamas le ponía al lado de los otros libros. Antes de abrirle se vestía de sobrepelliz y leía de rodillas, como San Carlos, á pesar de sus enfermedades. La piadosa compañía de San Sulpicio, que dirige una gran parte de los Seminarios de Francia, inspira esos mismos sentimientos de religion á los jóvenes eclesiásticos, los cuales se apresuran á seguir esa direccion tan católica. *Jesus* es el Maná oculto de las Escrituras. ¡Bienaventurado el que le encuentra! ¡Dichosa el alma fiel que con la luz de la santa Iglesia y de la verdadera fé, estudia con espíritu de piedad, con amor y con deseo de santificarse, la adorable palabra de Dios, haciendo de ella despues del Santísimo Sacramento del Altar, el sólido alimento de una virtud positiva y verdadera!

XV.

POR QUÉ LAS SOCIEDADES BIBLICAS ESTÁN CONDENADAS POR LA IGLESIA.

Preguntábame un católico muy piadoso, que medita la Sagrada Escritura para robustecer su vida religiosa: ¿si las sociedades bíblicas no hacían una cosa útil á las almas, sirviendo de auxiliares á la Iglesia católica, sin saberlo, cuando distribuyen á racimos los ejemplares de la Biblia? Este buen hombre se maravillaba de que el Papa Gregorio XVI, hubiese marcado indeleblemente á esas sociedades, con un sello de reprobacion, llamándolas *Pestes*.

La respuesta está dada por un protestante aleman, hombre de claro talento, el Doctor Leo, el cual dice sobre este particular: "El Papa ha llamado *Pestes* á las sociedades bíblicas; y si yo fuera Papa é italiano, confieso que haría lo mismo. Tengamos la buena fé de examinar un poco lo que van á hacer en los países católicos esos emisarios de las sociedades protestantes inglesas, con una falta sin límites de delicadeza y pudor. Todos los medios les parecen buenos para propagar la Biblia. La ponen, sin discernimiento, en las manos de los hombres menos aptos para comprenderla. Siembran doc-